

PIKES de Napoleón García

En el momento que salieron fuera, abandonando el resguardo de la casa, apareció en su mente la frase que había oído tantas de veces de borrachos de todo tipo en el momento que las luces del bar se encendían: “esta es la hora más fría del día”. No se habían equivocado entonces, tampoco ahora. Bien es cierto que era distinto escucharla en su Oviedo natal que ahí, donde el Mediterráneo hacía de telón de fondo. Igualmente, se caló mejor la americana, más por costumbre que por utilidad, y metió las manos en los bolsillos

En silencio, caminaron juntos con paso lento por el sendero central del jardín, flanqueados por una guardia de pequeños farolillos a izquierda y derecha que poco podían hacer ya contra la claridad que, minuto a minuto, iba ganando el cielo. Ambos podían notar a su espalda el murmullo indescifrable de conversaciones regadas con ginebra cara, risotadas exageradas y el bajo de lo que fuese que pinchaba el deejay. No lo comentaron.

El jardín se situaba sobre la ladera de una montaña, por lo que para salvar la pendiente algún prohibitivo paisajista había decidido aplanarla por tramos, formando una serie de bancales comunicados entre sí con pequeñas escaleritas. La parte positiva de la ubicación eran las vistas: más allá de los setos que marcaban el final de la finca se dibujaban las antenas de los edificios de apartamentos del pueblo, empequeñeciendo a la iglesia y las pocas casas de pescadores que sobrevivieron al desarrollismo. Después, únicamente el mar.

Tras dos tramos de escaleras decidieron que era suficiente y se detuvieron.

—¿Aquí?

Señaló dos sillas de forja pintadas de blanco descascarillado por el salitre. Miraban hacia la costa y parecían haber acogido muchas conversaciones de media tarde.

En su silencio entendió conformidad y se dirigió hacia la más próxima. Echó mano del reposabrazos de hierro y se sorprendió al comprobar la humedad que se había condensado en el metal. Esto le hizo darse cuenta de la brumilla blanquecina

que cubría todo, marcando los últimos compases de la noche. Se dejó caer sobre el asiento y sintió el helado respaldo contra su espalda. Apoyó las coderas de la americana sobre las rodillas y notó como la corbata jugaba con la brisa marina entre sus piernas. Mantuvo la mirada fija en el césped hasta que vio por el rabillo del ojo como su acompañante, finalmente, se había decidido a sentarse en la otra silla.

Levantó la mirada del suelo y lo miró de lleno. No ofrecían una imagen muy distinta. En su silla, se dejaba caer también sobre las rodillas, pero a diferencia de él, se sostenía la frente con ambas manos, atrapando mechones del flequillo. De vez en cuando, negaba con la cabeza. Incluso su corbata parecía ondear al mismo ritmo que la suya. Creyó ver el brillo de una lágrima entre sus dedos. Pero no, se convenció. Eso hubiese sido demasiado.

Alejó su mirada de él, y prefirió dirigirla al pueblo. Comenzaba a despertar. Un tractor rastillaba la playa y los últimos chavales borrachos salían de las discotecas; la mayoría en grupo hacia sus apartamentos y algunos de la mano hacia el mar.

Metió la mano en el bolsillo interior de la americana y sacó su paquete de tabaco. Abrió la solapa, lo golpeó contra su rodilla y un cigarro brotó sobre los demás. Extendió el brazo y se lo ofreció. Él negó con la cabeza. Ante la negativa, se encogió de hombros y sacó el cigarrillo con la boca. Con este ya entre los labios, pero aún apagado, dio dos palmadas sobre su pierna. No se inmutó. Devolvió el paquete a su lugar y fue a buscar el mechero a su bolsillo izquierdo del pantalón. Al no dar con él, pasó al derecho. Por fin se hizo con él. No se sorprendió al ser incapaz de leer el logotipo de la gasolinera donde se lo regalaron. Lo acercó a su boca y prendió el tabaco. Se inflamó de inmediato y una nube de humo rodeó su rostro. Sintió la nicotina en sus pulmones y todo pareció algo menos malo.

Fumó con los ojos cerrados y la cabeza baja, deteniéndose sólo para respirar lo imprescindible. A medio cigarro, echó la cabeza hacia atrás y la dejó descansar sobre la nuca mientras retenía el humo en su interior. Una vida después, lo soltó y abrió los ojos. Cuando el humo se disipó, vio el último brillo de las estrellas de la noche. La Luna hacía tiempo que se había marchado.

Devolvió la mirada al horizonte. El mar estaba en calma y casi podía escuchar romper las olas desde ahí arriba. Sí pudo oír el graznido de una bandada de gaviotas al pasar por encima de sus cabezas, camino de la línea de costa. En el

momento que con sus ojos vidriosos estudiaba la blancura de los pájaros, él, para su sorpresa, habló.

—No lo entiendo —masculló mientras negaba—. De verdad que no lo entiendo.

Se volvió hacia él. Seguía en la misma posición que antes, caído sobre sí y engullido por la forja de la silla. Se lo quedó mirando otra eternidad.

—Pacheco —dijo tajante.

Pacheco, por primera vez, separó las manos de su rostro. Clavó sus ojos en los suyos, expectante. No había ninguna fuerza en su mirada, pero sintió que se asomaba a un acantilado al cruzarse con sus ojos. Se esforzó por no perder el aplomo.

Señaló con un movimiento de cabeza el horizonte. Ambos miraron hacia ahí. El sol acababa de hacer acto de presencia en el telón del cielo. Una diminuta franja naranja había aparecido sobre el mar, jugando su luz con el oleaje de alta mar. Y crecía cada segundo que pasaba, reteniéndolos presos del espectáculo.

Miró hacia Pacheco. Incorporado del todo, asentía mordiéndose el labio. Las lágrimas que corrían por sus mejillas reflejaban el amanecer